

## LA CRUZ, PUENTE SOBRE LOS ABISMOS DE LA HISTORIA

### Un camino con Hans Urs von Balthasar

*La cruz está en la línea divisoria definitiva de la fe, ahí donde la fe puede crecer, en el umbral entre la vida y la muerte, entre la muerte y la vida. En la cruz se tematiza la “ruptura” que atraviesa totalmente la realidad. La cruz tematiza una frontera absoluta: de aquí no se pasa adelante, aquí estamos frente a las ruinas del amor, del montón de cascajos de la historia, ante sepulturas donde son enterrados los hombres, ante las cámaras de horror de los campos de muerte y de tantos otros campos en el mundo entero, nos hallamos ante lo que pone fin a la vida. Pero en este límite, la cruz es también “puente”, un puente colgante más que un puente de piedras. No es un puente que facilite a primera vista el paso sobre el abismo, ni es un puente reconocido por muchos. Porque el puente que es la cruz debe reconstruirse y colgarse continuamente. Porque hay que luchar por él. O porque sólo se está ahí cuando los que -con humildad y valor- creen y aman comprenden de repente que Dios también está en esta cruz, plenamente, y que la cruz no es la última palabra, sino tránsito hacia una vida que no podemos comprender, sino que sólo podemos abrazar por la fe.*

*Das Kreuz-Brücke über die Abgründe der Geschichte. Ein Weg mit Hans Urs von Balthasar, Geist und Leben 81 (2008) 99-111*

### ¿Salvación en la cruz?

La obra de H. U. von Balthasar nos puede aclarar la imagen del puente. La cruz es puente sobre los abismos de la historia, es puente entre la muerte y la vida, porque el mismo Dios, en Jesucristo, no la ha rehuido. En la cruz está la salvación: la cruz se hace presente en las pecaminosas marañas y abismos de la historia y las desmascara a la luz de los albores de la resurrección. De esta forma, la

cruz puede convertirse para los creyentes en un puente sobre estos abismos de la historia. Sobre ella puede crecer, también frente a la muerte, la fe en que el amor es más fuerte que la muerte.

H.U. von Balthasar ha abierto de manera muy especial una nueva puerta a la teología de la cruz. La cruz es interpretada como el lugar donde los cristianos son capaces de hallar su más profunda identidad. Está en la frontera entre la libertad de Dios y la libertad del

hombre. El camino para “enderezar” la libertad que se autoengaña -para reconciliarse consigo mismo, con los hombres y con Dios- pasa por mirar a Jesucristo en la cruz. Balthasar ha desarrollado el principio histórico-salvífico de la teología conciliar especialmente en la doctrina de la redención. El centro de su pensamiento es la autorevelación de Dios en Jesucristo; Jesucristo es el “intérprete de lo invisible”; el intérprete del Padre y con ello es la “imagen” de Dios. Jesús dijo a Tomás: “Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie va al Padre si no es por mí. Si me conocéis a mí, también conoceréis al Padre” (Jn 14,6-7). Esta interpretación de Dios, el Padre, no se detiene ante la cruz. Balthasar considera toda la vida de Jesús, su camino hasta la cruz, su “*kénosis*”, el vaciamiento de Dios en la historia hasta la cruz. Aquí se plantea la pregunta teológica y soteriológica: ¿Cómo puede ser Jesús en la cruz el exegeta del Padre? ¿No se ha destruido todo en la cruz? ¿No es la cruz la vivencia de la noche de la muerte, de la nada que no puede alcanzar la plenitud de Dios?

### **La paradoja de la cruz y la analogía entis**

Uno de los primeros grandes trabajos de Balthasar fue un estudio sobre Karl Barth y la soteriología protestante, la paradoja de la cruz. El tratamiento de la dialécti-

ca de muerte y vida, de la cruz como signo de contradicción y expresión de la paradoja de la fe, fue determinante para la teología protestante. En la teología católica, fuertemente criticada desde el protestantismo, ocupó el lugar central la doctrina de la *analogía*, la búsqueda de relaciones y correspondencias entre trascendencia e immanencia, entre Dios y el hombre. Se formuló en el concilio IV de Letrán (1215): «pues entre el Creador y la creatura no puede establecerse ninguna similitud tan grande que no se pueda constatar entre ellos diferencias todavía mayores». ¿Cómo hay que formular tal similitud -seguro que en la mayor disimilitud- con la mirada en la cruz? H. U. von Balthasar inscribe su teología de la cruz en esta tensión entre la paradoja de la cruz y la analogía del ser. Se acerca a la cruz desde dos lados entrelazados entre sí: desde la historia de Dios y desde la del hombre. La historia del hombre es una historia de libertad en quiebra perpetua. La cruz puede mostrar qué abismos hay en el hombre y su historia, puede poner de manifiesto lo oscuro y las contradicciones en que está intrincado y que pueden convertirse en historias de culpa. De este modo se pone en claro su necesidad de redención, a la vez que se pone en juego la historia de Dios. En la cruz está en juego el ser-Dios de Dios, la cruz pone de manifiesto cómo interviene Dios en la historia del hombre y revela su capacidad de sufrimiento. Hombre y Dios están sumergidos en un

mismo “drama”, y la historia -el drama del mundo y el hombre- no deja a Dios indiferente. En el teodrama Dios se apropia la tragedia del ser humano hasta sus más profundos abismos y, sin minimizarlos, la supera. Balthasar tematiza el fracaso del hombre en el fallo de su libertad. También tematiza el fracaso de Dios en el hombre, en el que Él mismo, en Jesucristo, entra en la limitada existencia humana, apropiándose el “no” de la libertad humana. Dios puede fracasar y fracasa por acomodarse al hombre, sin poder hacer otra cosa que adaptarse a él, pues ésta es su esencia. Fracasa porque no se aparta del camino de la dureza del corazón humano. Fracasa porque no renuncia a la relación que quiere establecer con los humanos. Dios tiene un exceso de amor hacia el hombre y precisamente por esto incluso Él puede fracasar, en Jesucristo, su Hijo. Es propio de Dios salirnos al encuentro en nuestro fracaso, asimilarse al hombre que fracasa. No cabe salvación de los vencedores que sellan con su triunfo la derrota del otro. Sólo puede darse salvación cuando en la derrota y fracaso de este hombre se manifiesta la fuerza de la debilidad de Dios para con él; pues Dios no se distancia de este fracaso, sino que está donde acaece, no como autor, sino como víctima. Y precisamente en esto se manifiesta Dios de forma paradójica: en esta cruz, que es la expresión de su fracaso por amor. El amor aparece aquí como amor absoluto, insuperable y como tal provoca recha-

zo. Así, la cruz es el abismo más profundo, el “no-ser”; La revelación de Dios como amor es encubierta en la cruz. Toda “imagen” que nos formemos de Dios, es una imagen “tachada con una cruz”.

## La cruz y la historia de Dios

Esta dinámica teológica lleva a Balthasar a reformular la teología de la Trinidad: la cruz se incorpora a lo más íntimo de Dios: su amor, que se nos manifiesta como amor del Padre al Hijo, del Hijo al Padre. Un amor que es a la vez inseparable unidad y distinción de ambos. En esta relación de padre a hijo se muestra qué es amor y qué es Dios en su intimidad.: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo... Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado». (Jn 17, 3.21). En la teología de la Trinidad esto significa: si yo hablo de Dios como amor, hablo del amor que se ha “revelado” en el mundo, en Jesucristo; y podemos hablar de él porque Él nos ha enviado su Espíritu que no cesa de introducirnos en la verdad. Jesús es el intérprete del Padre, imagen del Padre, y esta “exégesis” pasa por la cruz: la imagen de Dios viene “tachada con una cruz”. Es decir: el amor de Dios no se detiene ante la muerte. Para Balthasar, la cruz no es sólo un “signo” de sal-

vación, ocupa un lugar decisivo en la teología: la verdad de Jesús, y en él la verdad de Dios, llegan a su plenitud en la cruz. El amor y la verdad de Dios se realizan plenamente en la cruz, aparecen como amor precisamente ahí, en la cruz. En palabras de Balthasar: “El drama entre Dios y el hombre alcanza aquí su *Akmē* (punto culminante), ya que la perversa libertad finita vuelca en Dios toda su culpa como único acusado y chivo expiatorio; y Dios se deja alcanzar de lleno, no sólo en la humanidad de Jesucristo, sino en su misión trinitaria, con lo que en el misterio del oscuro distanciamiento entre Dios y el Hijo portador del pecado, como punto central de la representación vicaria, se manifiesta la omnipotente impotencia del amor de Dios: lo que se “experimenta” es lo contrario de lo que de hecho acaece. ¿Por qué?”

### **La cruz y la historia del hombre**

En su intento de respuesta Balthasar propugna las dos perspectivas desde las que se acerca a la cruz: la historia de Dios y la del hombre. En la cruz entran en juego tanto la historia de Dios como la del hombre, la historia de nuestro amor, de nuestra libertad, de nuestra fe; y la cruz apunta al objetivo de la renuncia del amor respecto a nosotros mismos, a los demás y, finalmente a Dios mismo. En la soteriología clásica y de ca-

ra a la consumación del amor de Dios en la cruz y a la pregunta del *por qué*, se echa mano de la formulación paulina *pro me*, por mí (Ga 2,20), *pro nobis*, por nosotros, se ha entregado Cristo, ha tomado la cruz y ha descendido a la noche de la muerte.

En la cruz se borra la culpa del mundo, el pecado del hombre hasta su más radical rechazo de Dios. Por la muerte en cruz el hombre se sabe redimido de la maldición de la ley; en la teología de Martín Lutero, la cruz deviene el “lugar” de la justificación del hombre. La crítica de la modernidad a la soteriología surgió precisamente en los modelos de redención de la deuda y el pecado, y de la satisfacción por el sacrificio de Jesucristo: ¿Qué imagen de Dios se nos comunica? ¿Dios, un dios cruel y vengativo? ¿Un dios que sacrifica a su propio Hijo? ¿Y cómo se combina la satisfacción por la muerte en cruz, la representación por el Hijo de Dios (S. Anselmo) con la libertad del hombre? ¿Puede el hombre ser representado por otro, en lo que más le concierne, o sea en su opción por o contra Dios, con sus consecuencias?

### **Dios se deja alcanzar por el hombre**

Toda la obra de Balthasar es un intento de explorar la profundidad teológica de este porqué. Una y otra vez se pregunta por el amor de Dios en la cruz para deletrear

de nuevo esa imagen -difícil hoy para nosotros- de la “disolución” de nuestra culpa en la cruz, de la “redención”. La confrontación con la doctrina de la representación le lleva a la “profundidad trinitaria de Dios”, el más amplio y profundo horizonte, en el que formula su respuesta.

El evento de la cruz, la entrega de la vida por nosotros, es parte del evento del amor en Dios, ya que su amor no es hacia sí mismo sino hacia nosotros. Nosotros, hombre y creación, formamos parte del acontecer del amor de Dios, quien se deja “afectar” por el hombre. Dios toma en serio al hombre y su libertad, precisamente porque éste, por su libertad, pueda rechazarle. Balthasar recapacita sobre el drama de este amor rechazado; en Jesucristo, en su mensaje liberador del Reino de Dios, en sus relaciones sanadoras y salvadoras con los hombres, Dios se entrega, Dios entrega su amor a los hombres, pero este amor choca con la frontera de la libertad humana, con el rechazo, con el “autoencadenamiento de la libertad”.

La confrontación entre la libertad divina y la humana es el núcleo dramático de su obra: ¿Qué relación hay entre la libertad divina y la humana? ¿Debía Dios haberse privado de una parte de su libertad, cuando creó al hombre, por medio del cual su mundo podía ser plenamente realizado pero también condenado? ¿Es impotente ante el no del hombre autónomo? ¿Y cómo se compagina esta

impotencia divina con el abandono de su Hijo en la cruz?

La expresión más fuerte del autoencadenamiento del hombre, del no de la creatura a Dios, es la muerte en cruz de Jesús de Nazaret. El Hijo de Dios es abatido en la cruz. Pero ni aun así se desentiende Dios del hombre. Sufre con su Hijo la cruz, el más profundo alejamiento de Dios y, de esta forma, la asimila en su amor. Que pueda haber salvación, salvación en la cruz, encuentra aquí su fundamento más hondo.

### **Kénosis y representación vicaria**

En la cruz de Jesús se manifiesta la esencia más íntima de Dios: el amoroso despojarse de sí mismo. Balthasar interpreta la “*kénosis*” (Flp 2,6) intratrinitariamente remitiendo a H. Schürmann: «En el abandono de Dios, Jesús no sólo apura hasta el fondo la pérdida de Dios, la falta de Dios; en él se da también la *muerte de Dios* en la *kénosis* y *tapeinosis* del amor de Dios... La muerte de Jesús no deja a Dios indiferente, puesto que el amor debe pensarse en último término, a partir del hecho de que Dios, por amor a su mundo, no eximió ni a su propio Hijo... El despojarse de Dios, en la encarnación y muerte de Jesús, tiene su posibilidad óptica en la entrega tripersonal de la eterna comunicación divina. De este modo, el acto salvífico de la muerte de Jesús

sólo puede comprenderse como evento intratrinitario».

Al despojarse del Hijo en la encarnación y en la cruz le corresponde el despojarse intratrinitario del Padre, en el que el Padre se despoja de su divinidad y la entrega al Hijo. Esta *kénosis* intratrinitaria es el “drama originario” cuya correspondencia en el mundo es la cruz. En palabras de Balthasar: “El Padre, al entregarse sin reservas, no se pierde, no desaparece en el don, ... pues en esta autodonación Él *es* toda la esencia divina, de manera que ahí se manifiesta el poder infinito a la vez que la impotencia de Dios, que no puede ser Dios de otra manera que en esta *kénosis* intradivina”. También la misión del Hijo y su *kénosis* hasta la cruz, resulta “el misterio más insondable de Dios, por el cual manifiesta su esencia al mundo y le hace donación de ella”.

Esta *kénosis* salvífica halla su expresión más densa en la “representación vicaria”, en la cual Jesús interviene en “lugar” del hombre, en lugar de la culpa y el pecado, transformando el no de la creatura en el sí de la aceptación del origen divino. Con esto el Hijo, como luz y vida del mundo, no cambia su posición cuando, apareciendo en las tinieblas, acepta su representación vicaria, ya que el no de la creatura debe percibirse precisamente “en el lugar” de la diferencia intradivina. Dado que el mundo no puede tener otro “sitio” que dentro de la diferencia de las hipóstasis, su problemática, su pe-

camino alejamiento de Dios sólo puede solucionarse en este sitio y gracias a él. Precisamente éste es el *topos*, (“el lugar”) del Hijo, el *topos* de la absoluta diferencia intradivina del Padre dador. En lo que es el amor mismo de Dios, en el encuentro de vida y amor entre el Padre y el Hijo, se inscriben la noche de la muerte y el no de la creatura. En lo más íntimo del misterio de Dios se encuentran la muerte y la vida y se decide el drama entre Dios y el hombre, el drama de la libertad culpable y del encuentro fallido. El Hijo se halla exactamente en este lugar, en su muerte en cruz, en su descenso a la noche de la muerte, al reino de los muertos.

### ***Passio caritatis***

Esta *kénosis* del Hijo es expresión de lo que acontece en el íntimo misterio de Dios. En ella el amor de Dios está en juego y a fondo. La unidad del despojamiento intratrinitario y extratrinitario estriba en que se trata del mismo y único movimiento: el Padre no se aferra a su divinidad. La entrega al Hijo, quien por su parte “siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres” (Flp 2,6). Esta interpretación de la relación entre la cruz, la encarnación y la trinidad atestigua la identidad interior entre el ser y la reve-

lación de Dios. En la cruz revela su ser y no en la forma de su contrario, sino en una forma que manifiesta adecuadamente su ser. En la cruz se manifiesta la más íntima esencia del ser, que es libertad que no se reserva nada para sí, pura entrega y amor.

La misión del Hijo, su despojarse en la encarnación y la cruz es, en expresión del intérprete de Balthasar Thomas Krenski, *passio activa*, es *passio caritatis*, o sea sufrimiento del mismo Dios. En este punto de la doctrina de la redención y la representación vicaria, von Balthasar pone en tela de juicio el axioma clásico de la impasibilidad de Dios, según la cual el “Dios omnipotente no puede ser afectado por el dolor ni cabe hablar del dolor de Dios”; y disiente (con J. Moltmann y diversos autores franceses) de la interpretación de K. Rahner: “no se puede comprender cómo Dios... en su dimensión divina, deba ser afectado por el dolor para salvarnos de verdad”; y sostiene que “Dios, en sí y para sí, es y se mantiene sobre la historia y libre del dolor en su impasibilidad”. En su discusión con la concepción de la apatía de la filosofía griega, Balthasar deja claro que el *pathos* de Dios, en la *kénosis* del Hijo en la cruz, no consiste en ser agredido desde fuera; que Dios sea tangible se basa en su amor y libertad. De ahí que para Dios sea lo mismo ser que devenir; Dios mismo está inmerso en el proceso total del ser. Esto es expresión de la vida misma de Dios,

de su vitalidad. El teólogo francés François Varillon, a cuya obra *La souffrance de Dieu* (1975) se remite Balthasar, lo formula así: “Debemos al menos sospechar que, en Dios, el devenir es una perfección del ser, el movimiento, una perfección de la inmovilidad, el cambio, una perfección de la inmutabilidad...” Dado que Dios, en la entrega del Padre al Hijo, del Hijo al Padre, de ambos al Espíritu, no ha incluido ningún “seguro”, es alcanzado de lleno por la autodonación del Hijo hasta la noche de la cruz. Balthasar habla aquí de un desangre recíproco de Dios, que es su flujo sanguíneo, y en él estriba también el fundamento de la muerte en Dios. Pero Balthasar no deriva hacia una mística del dolor, porque el amor de Dios es extremadamente vivo, precisamente en la entrega de sí mismo hasta la muerte, en el sufrir el no de la creatura en lo más íntimo de la esencia divina. En este punto en que se encuentran la muerte y la vida, el dolor y el amor, salta a la luz el abismo del amor de Dios, triunfo de la vida sobre la muerte, el amor en el horizonte de la resurrección.

Cierra sus consideraciones sobre el “dolor de Dios”, citando una carta de su amigo Ferdinand Ulrich: “Sólo porque el dolor y la muerte son interiores a Dios como forma fluyente del amor, puede triunfar sobre el dolor y la muerte con su propia muerte y resurrección. El dolor y la muerte no son superados por la fuerza de una in-

diferencia esencial, sino porque, gracias a la absoluta libertad de Dios, son (hasta el grito agónico, el silencio, el *estar* muerto) un eterno lenguaje de su soberanía”. Esto no debe llevar a la idea errónea de que el Hijo haya puesto fin, ya desde la eternidad, al dolor y a la muerte en el mundo. Al contrario, el que ambos sean dos modos vitales del amor garantiza la entrega indefensión de Jesús, el aprender por la obediencia lo que el Hijo es eternamente. Es un amor en el horizonte de la resurrección, que no minimiza la noche de la muerte, que conoce bien su resistencia, que sigue luchando sin cesar por el triunfo del amor.

Si la cruz es “lugar” de la manifestación de Dios, esto significa que Dios se preocupa por nosotros, busca a todo aquél que está perdido, muestra una solidaridad incondicional, hasta la muerte, hasta la cruz. Él se expone a todo lo que en el fondo es *no-vida, no-amor*: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” [Jn 15,13]. A Dios le importa el hombre, cada uno de nosotros. Dios se alegra más por una oveja perdida que encuentra, que por todas las demás que no han huido. Le preocupa, hasta que la encuentra. Por eso, se expone a sí mismo a la muerte. La cruz significa que hay un abandono en Dios, pero es por amor al hombre. En la cruz Dios ocupa nuestro lugar, se hace cargo de nuestra perdición, de nuestro rechazo al amor, lo cura, reconcilia al hombre consigo y con Dios:

representación vicaria, en sentido teológico, significa que la pro-existencia solidaria de Dios llega tan lejos que, tomando el puesto del pecador condenado a muerte, es decir, el lugar de la lejanía radical de Dios, Dios mismo reconcilia los hombres consigo, en su Hijo encarnado, de modo que la muerte de Jesús en cruz puede definirse con Karl Rahner como el símbolo real de la decisión incondicional del amor de Dios. Por esto, la cruz es la imagen más radical de Dios, una imagen que “hace cruz y raya” sobre todas las imágenes, una imagen del amor de Dios en el que sin embargo la semejanza sigue siendo mayor que la semejanza: *analogia Crucis*.

### **Puente sobre los abismos de la historia**

¿Salvación en la cruz? El camino con Hans Urs von Balthasar es una propuesta en la búsqueda de una respuesta, nada más. Cuando se trata de lo más radical de nuestra identidad, de nuestra fe, no existen respuestas prefabricadas. Toda respuesta veraz sólo puede ser fruto de nuestra propia lucha. Precisamente la cruz descarta las respuestas demasiado fáciles. La cruz sigue planteando más preguntas que las que podemos contestar, de este modo corrige continuamente nuestra imagen de Dios. Es Dios mismo quien borra en la cruz todas las imágenes que podamos hacernos de él.

En la cruz, en Jesús de Nazaret crucificado, Dios es plenamente Dios, porque ahí Él “no” es plenamente; por esto la cruz es la presentación más radical de Dios: Jesús de Nazaret, de quien los evangelistas narran que falleció en la cruz, y Jesucristo, a quien los testigos de la resurrección confiesan como Cristo, ungido de Dios, el Mesías, el resucitado, Hijo de Dios: todos ellos han quedado trabados por una imagen, que en su dramatismo es a la vez negación de toda imagen. Al mismo tiempo, la cruz nos sigue remitiendo al camino en el que descubrir, como los discípulos de Emaús, a aquel que es nuestra salvación, vida y amor.

### **Sí, salvación en la cruz**

¿Salvación en la cruz? Seguimos preguntándonos cómo la cruz puede ser entendida como imagen de esperanza en nuestra tradición occidental, frente a su idolatría y múltiple abuso, cómo conduce sobre los abismos de la historia y cómo da respuesta al ansia de salud y salvación del hombre, de su plena realización. Los cristianos no tenemos respuestas fáciles que ofrecer, cuando hablamos de culpa y pecado, de redención y liberación, de salvación. Debemos pugnar una y otra vez por hallar esta respuesta en nuestra propia vida de fe, a la vez que en nuestra labor teológica.

Se trata de la identidad de nues-

tra fe, de nuestra identidad de cristianos y cristianas, y esto es algo profundamente vital, no lo “poseemos”, sólo podemos esforzarnos por ello. H. U. von Balthasar nos ayuda a reconocer la paradoja de la cruz en nuestra propia vida. Así, por paradójico que resulte, podemos hallar consuelo, iluminar la noche de la muerte con la luz de la resurrección, mitigar el dolor, afirmarnos en la esperanza y abrir un horizonte de futuro. Esta fue la experiencia de místicos y místicas como Francisco de Asís, Catalina de Siena, Rosa de Lima. La cruz se sostiene por el amor de Dios, sin que se diluyan sus resistencias, ni el misterio de la *kénosis* redentora de Dios. Responde a un Dios que se ha bajado a sí mismo a los más profundos abismos de la culpa y el pecado, que se ha expuesto a todas las dificultades de la vida y ha sufrido Él mismo el intenso dolor de la culpa y el pecado en la entrega de su Hijo. Es un Dios que estuvo y sigue estando al lado de Job y de cuantos se lamentan. La *Passio caritatis* es la más enérgica respuesta a la cuestión de la teodicea, una respuesta aun ahí donde toda lengua enmudece, donde incluso la palabra de Dios se rompe.

De este modo, la cruz puede convertirse en *punte*: cruz el abismo que se abre continuamente entre la experiencia de la culpa y el pecado y la vivencia de sentirse salvado, de la vida en Dios, del refugio en su amor. Al situarse Dios, en Jesucristo, en el abismo de la historia, se puede cons-

truir el puente que va de la muerte a la vida. En la cruz se condensa todo el camino de Jesús, a lo largo del cual ha descubierto de mil maneras la oscuridad del mundo. La cruz es el punto en el que lo oscuro del mundo alcanza su preponderancia, Jesús mismo resulta víctima del odio, de los celos, de la envidia. La cruz desnuda el pecado del hombre. Menciona por su nombre e identifica la culpa, lo cual es el primer paso para su reconocimiento, que hace posible superar la culpa, su liberación y redención. Y nosotros creemos que de este modo puede haber salvación: los discípulos y discípulas de Jesús lo formularon afirmando que el que para ellos fue amor, al que amaron y fue crucificado, vive. La cruz fue para ellos puente entre la muerte y la vida. Pudieron interpretar la muerte de Jesús -y la cruz superada por la resurrección- como expresión de su liberación y redención. Es el reconocimiento, en la fe, de que Dios ha redimido, ha lavado, ha perdonado la culpa del hombre y el mundo en Jesucristo y que esto posibilita a los discípulos y discípulas una nueva praxis.

La cruz es puente que posibilita superar el abismo entre la muerte y la vida. En el seguimien-

to de Jesús crucificado y en la fe en Cristo resucitado los discípulos interpretaron la cruz como signo de liberación y redención. Qué significa redención se reconoce ante todo en el seguimiento concreto de la cruz. Y esto ha sucedido en toda vida de seguimiento decidido: en Francisco de Asís, Rosa de Lima, Ignacio de Loyola, en Edith Stein, Dietrich Bonhoeffer, Ignacio Ellacuría y sus compañeros; y en los muchos hombres y mujeres que han vivido, sufrido y abrazado la cruz. Y esto se ha manifestado sobre todo en los impulsos dados a la teología de la cruz dentro de la teología de la liberación, como los ha formulado ante todo Jon Sobrino. Ponerse en el camino del seguimiento significa descubrir la oscuridad y las contradicciones de la vida, estar muy atentos a los abismos de la historia, de la violencia, del pecado y la muerte, y denunciarlos. En ellos reconocemos la cruz de Jesucristo -que denuncia la violencia y la muerte- en la que se concentra el clamor de todas las víctimas y de cuantos sufren, que libera porque en ella el amor se manifiesta más fuerte que la muerte y que en el seguimiento de Jesucristo abre también nuestros caminos de la cruz a la resurrección.

**Tradujo y condensó: RAMON PUIG MASSANA S.J.**